

LA GEOGRAFÍA ROMANA DE ESTRABÓN

Strabon Roman Geography.

Germán Burgos Ffrench–Davis¹
Universidad de Concepción
Chile
gburgos@vtr.net

RESUMEN: En este artículo, destacamos el énfasis que Estrabón pone en el elemento humano, como decisivo en el estudio de la geografía, lo que convierte al sabio de Amasea en un precursor de la geografía humana. Asimismo, tratamos de encontrar los propósitos que tiene en vista el autor al acometer su obra y que explican su concepción de la ciencia geográfica, tan relacionados con la coyuntura política de su tiempo y con el proceso de romanización que se verificó en las provincias durante los siglos I y II d. de C.

PALABRAS CLAVE: Estrabón – Geografía Humana – Filosofía – Poética – Romanización

ABSTRACT: In this article, we stress the emphasis that Strabo gives to the human element, as a decisive one in the study of geography, which makes the thinker of Amasea a precursor of the human geography. We also try to find the purposes in sight of the author, when he composes his work, which explain his conception about the geographical science, so related to the historical juncture of his time and to the romanization process, developed over the provinces, through the 1st and 2nd centuries A.D.

KEY WORDS: Strabo – Human Geography – Philosophy – Poetics – Romanisation

Introducción.

Estrabón es el primer heredero de la tradición geográfica de la Grecia clásica y helenística, comprometido con la realidad del Mediterráneo dominado por Roma. Como veremos en las siguientes páginas, para Estrabón, el propósito capital de la geografía es servir como herramienta para la administración y el gobierno de la *ecúmene*, convertida en *orbis*.

Nacido cuando el nuevo orden romano ha desplazado definitivamente las monarquías de los *diádocos*, Estrabón se inscribe en esa serie de sabios formados en el espíritu científico y filosófico griego, que buscarán un espacio para desplegar su genio en el mundo romano, de una manera que se acomode a los moldes eminentemente pragmáticos de los nuevos amos del mundo.

Consciente de aquello, Estrabón dedicó los mejores afanes de su obra a los espacios caracterizados por la presencia imperial romana y, por extensión, distinguidos por el influjo civilizador de la cultura grecolatina que estaba en proceso de amalgamación. En consecuencia, la atención de nuestro geógrafo se detiene especialmente en los espacios *habitados*, relegando a un plano muy secundario las zonas despobladas o las regiones donde los hombres, por carecer del grado suficiente de cultura y civilización, no habían sido capaces de actuar decisivamente sobre la naturaleza, convirtiéndola en un ámbito propiamente “humano” o “humanizado”, si se quiere. De esto se desprende que podamos considerar a Estrabón como un precursor de la geografía humana que, dadas las circunstancias en que le tocó vivir es, más específicamente, una geografía *romana*.

Resulta evidente que la visión estraboniana, que enfatiza el espacio físico modificado por la acción constructiva y civilizadora del hombre, estaba en estrecha consonancia con la forma en que los romanos incorporaban nuevos territorios al Imperio y consolidaban su presencia en dichos espacios. La conquista, desde luego, era casi siempre un asunto militar, pero tras la imposición del

¹ Tesista, Magister en Historia, Universidad de Concepción.

gladio, llegaban siempre la cultura y la *lex* romana. Es decir, los romanos, inteligentemente, procuraban *romanizar* a sus nuevos súbditos, para que así aceptaran la conquista y, a la larga, sintieran como algo suyo el Imperio.

Y para conseguir dicho objetivo, se servían de una doble estrategia, muy relacionada con la persona y la obra de Estrabón, que consistía en urbanizar las áreas conquistadas y atraerse a las elites locales, las cuales, en última instancia, tenían la posibilidad de acceder a las magistraturas y a la plena ciudadanía romana.

Sobre el elemento urbanizador, como medio de romanización de los territorios y grupos locales y como elemento de acción decisiva sobre el espacio físico, que lo convierte en espacio humano —y, por tanto, a ojos de Estrabón, como digno de estudio geográfico—, trataremos hacia el final del presente artículo. En cuanto a la táctica romana de atraerse a las oligarquías locales, dedicaremos las páginas inmediatamente siguientes, sirviéndonos de las noticias biográficas que poseemos sobre el autor en estudio, puesto que él mismo pertenece a una de dichas oligarquías. Paralelamente echaremos un breve vistazo a las condiciones históricas en que Estrabón vivió y escribió la *Geografía*; circunstancias que, a nuestro juicio, son claves para entender por qué Estrabón concibió a la ciencia geográfica tal como lo hizo.

Estrabón y su Tiempo.

Tomando en cuenta la eminencia de su obra, es relativamente poco lo que sabemos de la vida de Estrabón. A partir de referencias halladas en la misma *Geografía*, los historiadores concuerdan en que Estrabón habría nacido el 64 o 63 a. de C. en Amasia, capital del reino del Ponto. No hay mayores certezas en cuanto a la fecha y lugar de su fallecimiento, pero se estima que ocurrió poco después del 23 d. de C., es decir, cuando superaba los 85 años de edad. Además de la *Geografía*, se sabe que escribió unas *Memorias Históricas*, desafortunadamente perdidas, de las que nos han llegado apenas algunos fragmentos recogidos por otros autores clásicos de manera dispersa.

Su monumental *Geografía*, fue producida posiblemente entre los últimos años del reinado de Octavio Augusto (27 a. de C.–14 d. de C.) y los inicios del gobierno de Tiberio (14–37 d. de C.), es decir, en una época clave para la expansión imperial romana por el Mediterráneo oriental y para las definiciones constitucionales de las novedosas instituciones imperiales. De acuerdo a los sucesos mencionados por el autor en las mismas páginas del texto, se desprende que la obra estaba terminada y debidamente revisada no antes del 18 o 19 d. de C.²

Estos datos significan que Estrabón nació precisamente el siguiente año de la derrota definitiva del rey del Ponto, Mitrídates VI *Eupátor*, quien fuera el último gran adversario de Roma en sus campañas de conquista del oriente helenístico. En efecto, entre el 88 y el 65 a. de C., Roma tuvo que sostener las tres cruentas *Guerras Mitrídaticas*, para someter a su porfiado enemigo.

Pocos años después, a consecuencia de la derrota de Cleopatra y Marco Antonio en la Batalla de Actium, en 31 a. de C., la última monarquía helenística se convertía en provincia romana, tras pasar varios años como estado satélite de Roma. El vencedor de Actium, Octavio, en tanto, cuatro años después, en 27 a. de C., conseguía que el Senado le nombrara *Augusto* —*consagrado* o *santo*—, acto que se considera como el nacimiento oficial del *Principado* o *Alto Imperio*.

² Las fechas relativas al nacimiento y muerte del geógrafo pónico, así como las referidas al momento en que su gran obra vio la luz, son estimativas, como ha quedado dicho, pero en ellas concuerdan básicamente la mayoría de los autores. Cfr. BUNBURY, E.H., *A History of Ancient Geography*, Dover Publications, New York, 1959, págs. 209-211; asimismo, Roig, Arturo A.; en la introducción a Estrabón, *Geografía. Prolegómenos*, traducción y notas por Granero, Ignacio; introducción por Roig, Arturo A.; Aguilar, Madrid, 1980, pág. X; finalmente, GÓMEZ ESPELOSÍN, F.J., en la introducción a Estrabón, *Geografía*, introducción general por Gómez Espelósín, F.J.; traducción y notas por García Blanco, J. y Meana Cubero, Ma.; Gredos, Madrid, 2001, págs. XVIII-XXI. Bunbury no da cuenta de las fuentes de sus aseveraciones; Roig se apoya en la opinión de Germaine Aujac, mientras que Gómez Espelósín sustenta sus dichos en las conclusiones de Benedictus Niese.

Con estos hitos históricos, a grandes rasgos, se consolidaba el nuevo modelo institucional que estaría vigente en el mundo del Mediterráneo durante cinco siglos y, al mismo tiempo, el sometimiento de Mitrídates y Cleopatra, significaba que el Imperio quedaba básicamente redondeado en lo que serían sus fronteras definitivas. En efecto, gradualmente, durante los siglos I y II d. de C., el Imperio sustituye las agresivas campañas de conquista de la República tardía, por una política defensiva y de consolidación de las fronteras.

Estrabón era miembro de una conspicua familia aristocrática del Ponto. Su tío por parte de madre, Moafernes, había sido gobernador de la Cólquide bajo Mitrídates, y su bisabuelo Lagetas había ocupado una posición muy cercana al rey en la corte. Producida la ruina de la dinastía pónica, Estrabón tuvo que partir de la nada. Las influencias que su familia había conseguido en el reino sometido, de poco le valían para abrirse camino en el nuevo orden.

Como muchos sabios orientales de su época, el geógrafo de Amasia estaba obligado a poner su talento al servicio de los nuevos amos del mundo y así lo hizo, siguiendo el camino trazado por algunos de sus predecesores, como Posidonio y Polibio que, antes de él, habían probado a Roma que sus capacidades resultaban útiles para la nueva jerarquía.

Los romanos, por lo demás, una vez que conseguían pacificar los territorios incorporados al Imperio, recíprocamente se esforzaban en atraerse a las elites locales, en el contexto de un proceso de romanización de sus dominios, que en el transcurso de los siguientes doscientos años consiguió efectivamente comprometer a las oligarquías provinciales con los beneficios de la ciudadanía romana. A un tiempo, la integración de las aristocracias al empeño estabilizador y romanizador, redundaba en un consenso general entre el resto del pueblo, que también gozaba de la tranquilidad que significaba la *pax romana*.

Los talentos de las regiones conquistadas, pues, como Estrabón, sin renunciar a su legado griego y oriental, usualmente se sumaban a la corriente civilizadora de los señores del *orbis*, impresionados con la tremenda realización política y social que significó el Imperio Romano. En muchos pasajes de la *Geografía* se puede apreciar que Estrabón, más que un adversario vencido, es un sincero admirador de la *Ciudad Eterna* y sus logros.

La geografía universal de Estrabón, así, se inscribe en una naciente inspiración a alcanzar una cultura universal de raíz helénica, que mezcla esa herencia con los aportes de los intelectuales latinos y el célebre sentido práctico de los romanos.

Hay otro antecedente a considerar en este bosquejo histórico, que influye decisivamente en la forma y el fondo de la *Geografía*, a saber, el hecho de que las conquistas romanas significaron una notable profundización de los conocimientos geográficos.

Por una parte, las campañas de los últimos siglos de la República extendieron el influjo de Roma a enormes territorios del norte y el occidente de Europa hasta entonces desconocidos, que se vinieron a sumar al acervo conseguido previamente en el Mediterráneo oriental y el Oriente Próximo, gracias a la colonización griega y a las hazañas de Alejandro Magno.

Del mismo modo, la pacificación de las zonas ahora dominadas por Roma y la tranquilidad y prosperidad que se respiraba en ellas, facilitaban enormemente el libre tránsito de ideas y personas. Tranquilidad de la que se benefició nuestro autor en el curso de sus viajes, en los cuales pudo conocer variadas zonas del occidente y el oriente. El ambiente pues, en sí mismo, fue una tremenda ventaja para Estrabón, de la que no dispusieron los especialistas que le precedieron, como Hiparco y Eratóstenes.

Es, entonces, este punto de inflexión histórica en el que a Estrabón le tocó vivir, el que explica en buena parte la orientación de su *Geografía*, que a continuación pasamos a analizar.

La Geografía Como una Forma de Filosofía.

Lo primero que llama la atención en la *Geografía*, es ese listado de autores con que Estrabón abre el Libro I y a quienes reconoce el mérito de precederle en el estudio de la ciencia geográfica, pero a quienes, además —y aquí está lo más llamativo—, califica como filósofos³. Para el geógrafo de Amasia, la Geografía es una de las tantas disciplinas que debe estudiar un filósofo:

*En efecto, los primeros que se decidieron a tocar este tema fueron filósofos: Homero y Anaximandro de Mileto, y Hecateo, ciudadano de la misma ciudad, conforme lo atestigua también Eratóstenes. Igualmente, Demócrito, Eudoxo, Dicearco, Éforo y muchos otros. Asimismo, los que siguieron a éstos, a saber: Eratóstenes, Polibio y Posidonio, que también fueron filósofos.^{4 *}*

Puede sorprender, además, el hecho de que mencione en el listado de filósofos-geógrafos a Homero. No obstante, este parágrafo con el que abre su obra constituye toda una declaración de principios de lo que podemos esperar de su *Geografía*. Por un lado, siguiendo una tradición secular, reconoce en Homero al precursor de todos los saberes; por otro, entiende que el propósito de la ciencia geográfica no puede reducirse a una mera enumeración de localidades, limitada a dar cuenta de su ubicación en base a criterios astronómicos y matemáticos.

Para nuestro autor, la geografía ha de compartir con la filosofía ese empeño sintetizador del saber universal. Por eso confía en fuentes generalistas que se nos figuran ajenas al campo específico de su disciplina. Ciertamente, no descarta los significativos aportes de geógrafos con una clara tendencia matematizante, como Eratóstenes, pero presenta una inspiración más ampliamente humanística, cercana a las obras históricas, como la de Polibio, y poéticas, como la de Homero. Así, la geografía bien entendida “sólo es propia de aquel que se ocupa en la consideración de las cosas divinas y humanas, cuya ciencia se denomina filosofía.”⁵

Si además recordamos que para los griegos la poética es una forma de filosofía primordial, se puede entender por qué Estrabón considera que Homero es un geógrafo-filósofo. No podemos soslayar que los pensadores presocráticos y de la Grecia clásica, no necesariamente renuncian al *mythos*, para reemplazarlo por el *logos*; antes bien, los conciben complementarios. Por esta razón es que Parménides nos legó lo que bien podría ser el primer tratado de ontología en su poema *Sobre la Naturaleza* y por la que Platón recurre tantas veces a las formas del mito para darse a entender, como ocurre con la alegoría de la caverna o en la historia de la creación del hombre, que el fundador de la Academia pone en boca de su maestro Sócrates en el *Banquete*.⁶

Por lo demás, Estrabón cita numerosos ejemplos de la preocupación de Homero por añadir datos geográficos a sus poemas.⁷ Justamente, cuando considera el aporte de Homero a la geografía, es que Estrabón rebate por primera vez las conclusiones de Eratóstenes, reputado como fundador de la geografía científica:

³ La mayor parte de las reflexiones vertidas en este artículo se sustentan en los *Prolegómenos* de la *Geografía*, es decir, en los Libros I y II, que resumen la visión general del sabio pónico. En tal virtud, la mayoría de las citas y remisiones estarán hechas en relación con dichos textos, más que con el resto de la obra, al que nos referiremos cuando resulte estrictamente necesario recurrir a ejemplos más casuísticos.

⁴ I, I, 1.

* Las citas del Libro I, están tomadas de la edición de la *Geografía* de Aguilar, de 1980, en tanto que las del Libro II, han sido extraídas de la edición de Gredos, de 2001, ambas referidas en la nota 1.

⁵ *Ibid.*

⁶ Sobre la continuidad entre el pensamiento mítico de la Grecia arcaica y la especulación filosófica que cristaliza plenamente en la época clásica, cfr. PONCE DE LEÓN, XI., *Del Mythos al Logos: del Lenguaje Poético al Filosófico*, *Revista de Historia Universal*, Pontificia Universidad Católica de Chile, núm. 7, 1987, págs. 99-110.

⁷ I, I, 3-11.

*Porque no es verdad lo que dice Eratóstenes, a saber, que todo poeta pretende deleitar y no enseñar. Los autores más sensatos que han dicho algo acerca de la poética afirman lo contrario, o sea, que ésta es una primera filosofía.*⁸

De tal suerte, cuando manifiesta su desacuerdo con el gran sabio alejandrino, más que salir en defensa de la poética, Estrabón entiende que habla en nombre de la filosofía como elemento mutuamente imbricado con la geografía. Además, aunque en muchos pasajes de su obra, Estrabón remite a las investigaciones de Eratóstenes, si hacemos un balance, su perspectiva general se aleja de la línea eratósteniana, en exceso matematizante para el temperamento del geógrafo microasiático.

Resulta conveniente aclarar, en todo caso, que Estrabón está lejos de desdeñar los estudios de Eratóstenes, a los que considera como un antecedente indispensable desde el primer párrafo de la *Geografía*. Son muchas las críticas que recibe el fundador de la geografía científica de su colega del Ponto, pero éste procura adoptar una posición equilibrada respecto de aquél, de quien afirma que no es “tan fácil de atacar (...) ni tan digno de fe como lo presentan algunos.”⁹

En definitiva, si Estrabón manifiesta a ratos una marcada diferencia con Eratóstenes, ello obedece a que desconfía de su tendencia a centrar la ciencia geográfica en los datos puramente matemáticos y astronómicos, desatendiendo la presencia del elemento humano que, para el geógrafo de Amasia, es el decisivo.

Estrabón, el Precursor.

Pecaríamos de exageración, si calificáramos a Estrabón sin más como el fundador de la geografía humana, pero ciertamente podemos decir que fue un esclarecido precursor de esa especialidad. De las páginas de su monumental obra, tanto en los *Prolegómenos*, como en las descripciones corográficas que abarcan los libros III al XVII, se aprecia que el estudioso de Amasia considera como objetos propios de la ciencia geográfica, a aquellos espacios que han sido modificados por la acción civilizadora de la sociedad. Es decir, lo relevante es la tierra *habitada* o *habitable*, al menos; lo demás carece de verdadero atractivo para la geografía.

Sin ambages, declara así cuál ha de ser el propósito de esta ciencia:

*Exponer en primer lugar nuestro mundo habitado, sus dimensiones, su figura, su naturaleza y su relación con la totalidad de la Tierra, pues ésta es la tarea propia del geógrafo.*¹⁰

Las regiones cuyas condiciones se estiman incompatibles con la vida, es decir, que quedan fuera de la Tierra *habitada*, no merecen la atención de la geografía. Y si Estrabón se refiere brevemente a las nociones de esfericidad del planeta y a sus dimensiones, lo hace sólo como una forma de corregir lo que estima son los errores de sus predecesores, pero en caso alguno olvida que ello no es el objeto primordial de la geografía y, desde luego, tampoco lo es de su obra.

⁸ I, 1, 10. Estrabón, con esta aseveración, no hacía más que inscribirse en la más longeva tradición del pensamiento griego, que estimaba que nunca existía una poesía pura.

⁹ I, 2, 2.

¹⁰ II, 5, 4.

Hay que recordar que Estrabón y sus contemporáneos suponían que la Tierra estaba dividida, de norte a sur, en una zona frígida, una zona templada (donde se hallaba la *ecúmene*) y una zona tórrida, cercana al Ecuador. La primera y la última se suponían inapropiadas para la vida humana; la zona frígida, por el frío extremo, y la zona tórrida, por el calor excesivo. Naturalmente, conjeturaban que estas condiciones se repetían en lo que hoy llamaríamos hemisferio sur y hemisferio occidental.

Pero aun dentro de los límites de la zona templada, correspondiente a la *ecúmene*, no todo resulta interesante para el geógrafo. Estrabón asume que puede haber muchas regiones desconocidas, pero ello obedece a que se hallan irremediablemente lejos de la acción civilizadora de Roma. El sabio pónico se confiesa geógrafo, no es un explorador curioso que partiría a descubrir y describir nuevas tierras. En efecto, nos dice que “el geógrafo intenta describir las partes conocidas del mundo habitado y deja a un lado las desconocidas, así como las que caen fuera de él.”¹¹

Por lo demás, si hay personas que subsisten dentro del mundo habitado, pero en regiones desconocidas, es esperable que las condiciones climáticas de esos espacios, demasiado cercanos a la zona tórrida o a la zona frígida, hagan de sus pobladores “hombres totalmente salvajes, que viven penosamente.”¹²

Aquí nos hallamos, pues, ante una clara jerarquización de los espacios geográficos, en cuanto al mayor o menor grado de civilización de quienes en ellos viven y, por tanto, al mayor o menor interés que pueden despertar en el geógrafo. En un extremo, están los identificados con los grandes centros culturales de la *ecúmene*, a saber, Grecia, Roma y los más inmediatamente influidos por ellas. En el otro, los que no han recibido ese saludable influjo y que, por lo tanto, a lo más, “viven penosamente”, esto es, no *habitan* propiamente el espacio físico que ocupan. Así, un territorio puede ser claramente reconocido como integrante de la *ecúmene* y revestir poca o nula importancia:

*Para las necesidades de gobierno no sería de ninguna utilidad conocer tales regiones, ni a sus habitantes y sobre todo si habitan islas tales que no pueden causarnos ni daño, ni provecho por la ausencia de relaciones. En efecto, los romanos, que estaban capacitados para dominar Britania, la despreciaron viendo que no les inspiraba un solo motivo de temor —pues no eran lo suficientemente fuertes como para desembarcar contra nosotros— ni una utilidad adecuada en caso de someterlos.*¹³

Desde luego, el extremo opuesto lo constituye la cuenca del Mediterráneo, el *Mar Nuestro*, que recibe la influencia más directa de la administración romana, depositaria y heredera de las mejores tradiciones políticas, filosóficas y científicas, es decir, de las tradiciones griegas:

Lo que nosotros deseamos conocer son precisamente aquellas regiones en las que existe una mayor tradición de hazañas, de regímenes políticos, de técnicas y de todo lo demás que contribuye a la sabiduría, así como nuestras necesidades nos conducen hacia aquellos países accesibles al intercambio y las relaciones, y éstos son los que están habitados y sobre todo los que están bien habitados. En todo ello, como decía, Mar Nuestro tiene una gran

¹¹ II, 5, 6.

¹² II, 5, 8.

¹³ *Ibid.*

*superioridad y por él, pues, hay que empezar nuestra descripción.*¹⁴

En general, Estrabón estima que Europa es superior en cultura y grado de civilización al resto de la *ecúmene* y ese acervo lo ha conseguido gracias a que tiene más historia. Es la historia, la presencia de la acción humana, de todo lo que encuentra al hombre como protagonista, lo que define el puesto que ocupa cada región en la escala de importancia geográfica. Desde luego, en la misma Europa, los territorios que por cercanía u otra razón han sido más civilizados y han recibido más decisivamente los efectos de la presencia de una sociedad que sabe *bien habitar*, recibirán mayor atención del geógrafo.¹⁵

Así, Roma o Atenas resultarán mucho más interesantes que el norte de la Galia o Hispania y resulta sugerente observar las diferencias que hace Estrabón en el trato dado a Córcega y Cerdeña, por un lado, y a Sicilia, por el otro, en tanto esta última tiene más historia y, por tanto, está más civilizada, más *humanizada*. Mientras el autor dedica a Sicilia todo un capítulo del Libro VI,¹⁶ Cerdeña y Córcega apenas son tratadas superficialmente en el parágrafo 7° del Libro V. Y Estrabón nos aclara que la razón de su proceder es, precisamente, que la población en Cerdeña y Córcega apenas ha salido de un estado semisalvaje. De Córcega asevera que “permite una subsistencia tan pobre —siendo tan escarpada que algunas áreas son completamente impracticables para el viaje— que los montañeses, dedicados al bandolerismo, son tan bárbaros como animales salvajes.”^{17**}

La *Geografía* está dirigida ante todo al hombre de Estado, ya sea al servicio de la administración imperial o como comandante militar. De ahí que Estrabón establezca esta gradación de tratamientos entre los diversos territorios de la *ecúmene*, tomando en cuenta la mayor o menor utilidad que el conocimiento de los mismos pueda prestar en el desempeño de las funciones públicas. Y ahí donde la presencia humana haya alcanzado mayores niveles de sofisticación, será donde la administración tendrá que desplegar sus mejores afanes y donde, por consecuencia, el geógrafo habrá de aplicar su mayor esfuerzo:

*Toda la geografía es una preparación para las empresas de gobierno, pues describe los continentes y los mares internos y externos de toda la Tierra habitada. Ahora bien, esta descripción interesa a aquellos para quienes no es lo mismo que esto sea de una u otra manera, conocido o desconocido. Porque se podrá gobernar mejor cada lugar si se conoce la amplitud y la ubicación de la región y las diferencias que posee, así en su clima como en sí misma.*¹⁸

El criterio para otorgar importancia a determinadas disciplinas es, pues, la utilidad y, en el caso específico de la geografía, en la forma en que la concibe Estrabón, se trata de la utilidad que pueda prestar al hombre público del mundo romano. Por este motivo, regiones que se sabe son muy civilizadas, pero que están alejadas, tampoco son tan relevantes en su estudio, como ocurre

¹⁴ II, 5, 18.

¹⁵ Cfr. II, 5, 26.

¹⁶ Cfr. VI, 2.

¹⁷ V, 2, 7. “It affords such a poor livelihood —being not only rough but in most of its parts absolutely impracticable for travel— that those who occupy the mountains and live from brigandage are more savage than wild animals.”

** Los libros I a VII y XV a XVII, fueron consultados en el sitio web <http://penelope.uchicago.edu/Thayer/E/Roman/Texts/Strabo/home.html>, en tanto que para la consulta de los libros VIII a XIV, nos servimos de los textos de la dirección <http://www.perseus.tufts.edu/cgi-bin/ptext?doc=Perseus%3Atext%3A1999.01.0198;query=toc;layout=;loc=6.1.1>

¹⁸ I, 1, 16.

con la India, de la que afirma que debe ser tratada con menor extensión que los espacios del Mediterráneo regidos desde Roma.¹⁹

Atendiendo a la misma utilidad de los estudios, el sabio de Amasia comprende que, sin alcanzar la centralidad de los aspectos más puramente humanos de la geografía, es necesario cubrir ciertas nociones de geometría, matemáticas y astronomía. Y lo hace a menudo, aunque remite usualmente a lo aseverado por sus predecesores²⁰, pues parece claro que en el campo de las disciplinas físico-matemáticas, Estrabón no se siente cómodo. Es posible que ésta sea la razón por la que comete gruesos errores en la representación cartográfica de la *ecúmene* y que, en este ámbito, su trabajo signifique un retroceso con respecto al de Eratóstenes, como queda de manifiesto cuando se observa que, a juicio del geógrafo de Amasia, los Pirineos están orientados de norte a sur y resultarían, así, paralelos al Rin.

En todo caso, Estrabón se preocupa de los aspectos matemáticos y astronómicos en la medida justa y necesaria para que se cumpla el propósito general de la obra, que es resultar útil para el gobierno del Imperio. De hecho, en este punto, espera simplemente que los lectores, es decir, los hombres públicos, dominen los conceptos básicos que deben estar en el acervo de todo hombre culto de su época:

Tampoco es necesario que investigue todo tan minuciosamente, que todo lo conozca (...) De algunas cosas debe despreocuparse por completo, a no ser en razón de la especulación filosófica y prestar fe a otras, aunque no conozca sus causas, pues esto es propio solamente del filósofo y no es estudio de un hombre de Estado o no lo es siempre. Sin embargo, es necesario que quien haya de leer esta obra no sea tan simple y tan ignorante que nunca haya visto una esfera o los círculos inscritos en ella (...) o que no conozca la situación de los trópicos, del Ecuador y del zodíaco, por donde gira el Sol, determinando las diferentes inclinaciones y los vientos.²¹

Con estos conocimientos básicos, Estrabón esperaba que los gobernantes pudieran servirse de su *Geografía* como una herramienta útil para sus labores.

Concebida con estos criterios, pues, la monumental obra estraboniana se nos figura como una *instantánea* de la época en que Roma ha incorporado, básicamente, casi todo lo que sería su Imperio hasta el siglo V d. de C. Y su autor hace gala de una aguda intuición, pues ha centrado la atención en las zonas habitadas donde las relaciones entre las personas, las comunidades y su entorno se han vuelto más complejas, lo que equivale a enfatizar la descripción del espacio, ahí donde éste fuera eminentemente urbano. Al geógrafo microasiático no se le escapaba, pues, que habiendo concluido el proceso de conquistas, cuando corrían los primeros años del *Principado*, el esfuerzo del Imperio se dirigiría a consolidar lo ganado por la espada, mediante un persistente empeño romanizador, donde la urbanización intensiva jugaría un papel destacadísimo.

Espacio Habitado y Espacio Romanizado.

Como quedó dicho, Estrabón diseña una escala de civilización en su *Geografía*, que corresponde al mayor o menor grado en que un espacio puede ser visto como habitado. Al interior del Imperio, hallamos al fondo de dicha escala las regiones como Córcega, que a pesar de ser una provincia

¹⁹ *Ibíd.*

²⁰ *Cfr.* I, 1, 9.

²¹ I, 1, 21.

romana, no es considerada por el sabio de Amasia como *bien habitada*. Desde el momento en que está dentro de la esfera de influencia de la cultura clásica, merece ser considerada dentro de los acápites corográficos de su obra, pero la primitiva rusticidad de sus pobladores, obliga a relativizar su importancia como objeto de estudio geográfico. Algo similar afirmó de Britania, que además contaría con la desventaja de ser incorporada plenamente como provincia recién en el 47 d. de C., en tiempos del emperador Claudio (41 – 54 d. de C.), cuando Estrabón ya había fallecido.

Y en el otro extremo hallamos, desde luego, a Roma, LA CIUDAD, el paradigma de lo que es un espacio civilizado y debidamente habitado. Como quedó sugerido páginas atrás, los criterios de Estrabón y de los líderes del Imperio coincidían en este punto. Para Estrabón, una región podía llamarse civilizada en tanto fuera romanizada, que es lo mismo que seguir el modelo de la misma Roma. Y los romanos, como también hemos adelantado, romanizaban a los pueblos conquistados atrayéndose a las oligarquías locales y, paralelamente, urbanizando el Imperio.²²

Alejandro Bancalari sostiene que desde los mismos inicios del régimen imperial “empezó a formalizarse el proceso ya originado en décadas anteriores, en orden a la concesión de la ciudadanía romana a las elites locales y a ciertos grupos de provinciales.”²³ Ya a mediados del siglo I d. de C., el Imperio estaba consciente de la urgencia de integrar las aristocracias provinciales en los beneficios de la ciudadanía romana y, de este modo, comprometerlas con la pervivencia del mundo romano. Así se entiende la iniciativa de Claudio de integrar a los nobles de la tribu de los *eduos* en el Senado. Y es que resultaba lógico que, una vez concedida la ciudadanía romana, se quisieran reforzar los lazos de lealtad permitiendo que los provinciales desempeñaran las magistraturas.²⁴

Estrabón pudo observar los primeros años de este proceso de romanización de la *ecúmene*, que ahora podía denominarse, con mayor propiedad, como *orbis*. Lo más probable es que el mismo sabio pónico haya recibido la ciudadanía romana. De hecho, adoptó el nombre de la familia del hijo adoptivo de su patrón romano, el prefecto de Egipto, Elio Galo, que llegaría a ser jefe de la guardia personal de Tiberio. De tal suerte, *Elio Estrabón* asumía el papel que le cabía desempeñar a los maestros griegos, como intelectuales y consejeros de las más altas esferas aristocráticas romanas.

Su vida y obra puesta al servicio del Imperio, prefigura en la época más temprana del *Principado* a la sociedad bilingüe y bicultural, que quedará plenamente consolidada en el transcurso de los siglos I y II d. de C. y que, como universo grecolatino, es el crisol de la civilización occidental.

Hacia fines del siglo II, bajo los Antoninos, el proceso de romanización había resultado exitoso al punto de que, bajo Adriano, el 42 por ciento de los senadores eran de extracción provincial.²⁵ Ya integrados plenamente en el orden político y social del Imperio, el proceso de asimilación de los provinciales se vio coronado con la *Constitutio Antoniniana de Civitate*, del emperador Caracalla, que en 212 d. de C. concedió la ciudadanía a todos los habitantes libres del Imperio. Esta medida, entonces, se inscribe en un proceso de largo aliento que, ya en el ocaso del *Alto Imperio*, concluía una labor romanizadora de más de dos siglos.²⁶

El siguiente paso de la romanización consistía en modelar los territorios conquistados de acuerdo al ejemplo que constituía Roma, el espacio civilizado y *habitado* por antonomasia.

²² Esta sección es en su mayoría deudora de las reflexiones del profesor Alejandro Bancalari, a quien tuvimos el privilegio de escuchar en la brillante cátedra que dictó durante el segundo semestre de 2004, en el programa de magíster de nuestra Universidad de Concepción.

²³ BANCALARI MOLINA, A., *Coexistencia o Enfrentamiento entre el Derecho Romano y los Derechos Locales de las Provincias*, en *Revista de Estudios Histórico-Jurídicos*, XXVI, Valparaíso, 2004, pág. 27.

²⁴ *Ibíd.*

²⁵ Cfr. BUONO-CORE VARAS, R., *El Significado Histórico del Elogio a Roma de Elio Aristides: Una Discusión Abierta*, en *Semanas de Estudios Romanos*, Valparaíso, 2004, vol. X, pág. 104.

²⁶ Cfr. BANCALARI MOLINA, A., *La Constitutio Antoniniana: Aproximaciones, Significado y Características*, en *Semanas de Estudios Romanos*, Valparaíso, 1996, vol. IX, págs. 57-67.

Sobre esta intervención romanizadora en las regiones sometidas, Bancalari afirma lo siguiente:

*Fue una tendencia del régimen imperial extender el ordenamiento municipal fuera de Italia, y aplicarlo a muchas comunidades provinciales, como un medio de unión, que fomentaba además la romanización.*²⁷

Agregado al contenido simbólico de la fundación de ciudades, en tanto proyectaba el esplendor de Roma en sus provincias, la urbanización obedecía a un razonamiento muy práctico. En un Imperio de las dimensiones que había alcanzado la *Romania* a partir del siglo I d. de C., el sostenimiento de la estructura ya no podía descansar sólo en las fuerzas vivas del centro italiano. Era indispensable fortalecer a las provincias que, además, muchas veces, constituían puestos de apoyo claves para las legiones que defendían el *limes*. El caso de Londres (*Londinium*) y Viena (*Vindobona*), que sirvieron como plazas fuertes, antes de convertirse propiamente en ciudades, vale por muchos ejemplos.

Podemos decir, pues, que Estrabón, también en este aspecto fue un precursor, tanto como lo fue en relación con la geografía humana. Él mismo, como quedó dicho, es un hijo de la Grecia helenística, profundamente comprometido con esa gran hazaña política y social que fue el Imperio Romano, del que fue un sincero admirador, en tanto era el vehículo que servía para elevar la vida y la cultura del mundo conquistado por las legiones. Dos siglos más tarde, otro vástago de la cultura helénica, ya completamente transfigurada en grecolatina, el orador Elio Arístides, podía afirmar que en el Imperio “nadie que sea digno de una magistratura o de confianza es extranjero.”²⁸

La asimilación de los provinciales, que fue experimentada por el mismo Estrabón, así como la conversión, mediante la urbanización, de los espacios en *habitados* y a los que el autor dedicó sus mejores afanes como geógrafo, habían conseguido su propósito de edificar ese mundo grecolatino, que llevó a la Antigüedad clásica a su máxima expresión y preparó las bases espirituales de nuestra civilización cristiana occidental.

Conclusión.

Bunbury ha calificado a la de Estrabón, como “la obra geográfica más importante que nos ha llegado desde la antigüedad.”²⁹ Aparte del mérito que ya entraña actualizar todo el conocimiento geográfico alcanzado hasta los albores del *Principado*, la *Geografía*, al concebir esta disciplina inscrita en el contexto más amplio de la filosofía, enfatiza el empeño civilizador y urbanizador como decisivo en la configuración del espacio, con lo que se convierte en un esfuerzo precursor de la geografía humana y, adelantándose a los procesos históricos de los siguientes dos siglos, intuye aquellos elementos que serían fundamentales en el proceso de romanización del *orbis*.

²⁷ BANCALARI MOLINA, A., *Coexistencia o Enfrentamiento entre el Derecho Romano y los Derechos Locales de las Provincias*, en *Revista de Estudios Histórico-Jurídicos*, XXVI, Valparaíso, 2004, pág. 27.

²⁸ BUONO-CORE VARAS, R., *ob. cit.*, pág. 108.

²⁹ BUNBURY, E.H.; *A History of Ancient Geography*, Dover Publications, New York, 1959, pág. 213. Bunbury no oculta su admiración por el sabio de Amasia y califica su trabajo como uno de los más importantes jamás producidos por algún autor grecolatino: “The *Geographia* of Strabo is not only the most important geographical work that has come down to us from antiquity; but it is unquestionably one of the most important ever produced by any Greek or Roman writer.” (La *Geografía* de Estrabón no es sólo la obra geográfica más importante que nos ha llegado desde la Antigüedad; sino que además, es incuestionablemente uno de los trabajos más importantes jamás producidos por cualquier escritor griego o romano)